

Personajes de Peñafiel

Entrevista a José María Barruso Por Ángel Arranz

Como antesala a su noventa aniversario, tuvimos el pasado agosto de 2015 la oportunidad y el privilegio de entrevistar a uno de los mayores artífices musicales de nuestra villa. Se trata del maestro Don José María Barruso Rojo. Riojano de nacimiento, a mediados de los años 50 irrumpe en la vida cultural de Peñafiel, dotando a la población de una dimensión cultural y social hasta entonces no advertida, creando oficialmente la primera Banda Municipal de Música. Varias generaciones se nutrieron de la aportación de Barruso, tanto en el plano profesional y humano. Hombre de espíritu pragmático al tiempo que renacentista, fue capaz de sentar las bases musicales para el desarrollo futuro de una escuela, que hasta hoy siente la influencia de su maestro.

Ángel Arranz. Tal vez el final de la década de 1980 fue el mejor momento de la banda, con la generación de más talento.

José María Barruso. ¡Sí eran buenos!

AA. ¿Cómo llegaste a Peñafiel?

JMB. Hice oposiciones al Cuerpo Nacional de Directores de Bandas de Música Civiles. Igual que los Secretarios de Intendencia al Cuerpo Nacional de Secretarios, Interventores y Depositarios, nosotros pertenecíamos al citado cuerpo. Hoy este Cuerpo ya está extinguido. Este organismo servía para tener en la banda un Director Titular, no como por ejemplo ocurre aquí y ahora. Ahora no es como antes, que era concierto todos los domingos. Ahora se tocan cuatro Chúndaras y cuatro cositas más al año. Punto. Se le ofrece a tal o cual persona un contrato a tantas actuaciones. Así, sin más. Antes, con las oposiciones, se anunciaban las vacantes que había en España. Se convocaba el concurso oposición en Madrid. Se pedía Armonía, Composición, y por supuesto Dirección de Banda. Para dirigir el ejercicio de las oposiciones, ponían a tu disposición a la Banda de la Policía Nacional o la Banda Municipal de Madrid. Se tocaba una obra obligada y una obra de libre elección. Para la obra

obligada, te daban unos cinco o diez minutos para prepararla. Una vez que hacías la oposición, a los dos, tres meses salían las vacantes en España y tenías que pedir plaza por orden de interés con arreglo a la puntuación. Tuve suerte porque me gustaba Peñafiel. Pregunté por Peñafiel con anterioridad. Aunque era de La Rioja y estaba haciendo los estudios en Zaragoza, no me venía del todo mal. La vida que había en Peñafiel estaba bien. Era la época en la que se formó la fábrica azucarera, lo cual trajo gente, economía y un ambiente estupendo. Así que pedí Peñafiel y me lo adjudicaron, con el interés de estar dos o tres años y en el siguiente concurso poder ir ubicando un destino. Llegué en 1955, exactamente el día 8 de enero. Y claro, me casé.



La Banda Municipal de Peñafiel en sus inicios.

AA. El amor lo cambia todo.

JMB. Luego vinieron los hijos. La verdad es que trabajé a gusto y los chicos erais estupendos. No tuve problema de nada. Claro, estás yendo a un sitio destinado donde cumples con tus obligaciones, no es como si vas a un sitio contratado. A mi me da igual si eres guapo o feo, o si se cambia de alcalde o la arbitrariedad de hoy en día. ¿Has terminado el contrato? ¡Hala, a por otro! Yo venía de la Dirección General, dependiente de la Gobernación de entonces. En mi caso, al haber sido concurso, si hubiese tenido algún problema, podría haber probado más destinos.

AA. ¿Qué te impactó cuando llegaste a Peñafiel? ¿Cuál fue tu primera impresión?

JMB. Hombre, yo estaba viviendo en Zaragoza en la Academia General Militar, con una gran banda, una de las ocho o diez bandas mejores de España.

Estaba la de la Guardia Civil, la de la Policía Armada, la Municipal de Madrid... La mía era de las mejores, porque de ahí salen los suboficiales. Tenía la oportunidad de hacer los ensayos con esta gran banda, la cual su capitán y su comandante me dejaban dirigir. Vienes aquí y el impacto de encontrarte una banda de doce, catorce músicos, hace que se te caiga un poco el ánimo. Pero, por otra parte, si empiezas a motivar una pequeña banda (que no se puede llamar ni banda, más bien un conjunto), vas trabajando y poco a poco sacando músicos.

AA. ¿Con qué músicos te encontraste? ¿Existía banda con anterioridad a tu llegada?

JMB. Oficialmente no existía. Había banda, pero contratada. La banda que yo fundé fue oficialmente la primera.

AA. Este documento es el certificado académico con tus notas del Conservatorio Profesional de Música de Zaragoza: todas sobresaliente.

JMB. Sí, tenía también enchufe, porque si no...

AA. ¡No seas modesto!

JMB. Este otro documento está firmado por Rodolfo Martín Villa, Ministro de la Gobernación. En el año 1981 se disolvió el Cuerpo Nacional, aunque nosotros quedábamos igual. Nos mandaron este texto para notificarnos la nueva ley. En cuanto a *La Entrada* (El Chúndara), éste es un pasodoble sencillito que el pueblo le pidió al director de la banda, la cual era una banda modesta. El autor es Chapí, natural de Villena.

AA. Yo recuerdo, José María, que cuando tocábamos en la banda, muchas de las piezas eran manuscritas, si no todas. ¡Tu labor de transcripción debió ser realmente impresionante!

JMB. Efectivamente. Todo eso se desconoce. Muchos manuscritos forman parte aún del archivo o lo tengo guardado. ¡Anda que no he escrito música! Ahora todo se puede fotocopiar, pero antes era todo a mano.

AA. ¡Eran todas las partes! La música se copiaba dos veces a mano: el guión y las *particellas* para cada uno. ¡Y qué caligrafía! Transcribiste cosas

increíbles: por ejemplo, la *Quinta Sinfonía* de Beethoven o *La Gruta de Fingal* de Felix Mendelsohn. Rossini, los Strauss...

JMB. Sí, porque había muchas oberturas o pasajes enteros de óperas y zarzuelas. Los transcribía porque estaban originalmente escritos para grandes orquestas. Incluso transcribí obras de piano. ¡Algunos se piensan que ser director es coger la batuta y ya está! ¡Hala, haz un contrato a ver qué necesitas! Para dirigir El Chúndara, cualquiera lo puede hacer. Pero claro, la labor es otra.

AA. Yo te recuerdo como un tipo muy puntilloso que lo hacía todo. Te encargabas de hasta del mínimo detalle, del alfiler extraviado de la corbata del tercer trompeta. Era alucinante.

JMB. El Ayuntamiento ahora se limita a hacer un contrato. Entonces eran mil asuntos, procurar ver el uniforme en la época de las rebajas, puesto que los presupuestos no eran grandes. Volviendo al asunto de la transcripción de obras, si se trataba por ejemplo de la obertura de una ópera, esta nunca va a sonar igual que el original. Tienes que adaptarla a lo que tienes. Como no hay instrumentos de cuerda, lo tienen que hacer los clarinetes.



Don José María Barruso dirigiendo en Santo Domingo de la Calzada (ciudad natal del director).

AA. A mis seis, siete añitos escuché la obertura transcrita por ti de *Tannhauser* de Richard Wagner. Fue en uno de aquellos conciertos que la banda daba semanalmente frente a la portada del actual BBVA en la plaza. Me atrevo a afirmar que fue una de las experiencias místicas más importantes de toda mi vida. Fue la llamada a mi vocación, y una de las experiencias sensoriales más reveladoras

por las que yo me metí en este universo de la música.

JMB. Claro, ¡con todos esos trombones! [*José María y Ángel canturreando con pasión*]. Tenía que coger todo ese material musical y transcribirlo para que sonara bien en la banda.

AA. Banda en la que la cuerda de viento-metal estaba formada por algo más de tres trombones, una tuba, varias trompetas y alguna trompa...

JMB. Y tenías que fijarte en quién funcionaba mejor, para transcribirle los pasajes de responsabilidad, muchos en defecto. En una banda de cincuenta podías tener gente que te funcionaba muy bien, para quien destinabas muchas cosas. O por ejemplo, modificar otras tantas. Si tenías que transcribir un pasaje de violín muy complicado con muchas notas, lo adaptabas un poco, porque podía paralizarte.

AA. Recientemente he sabido de una anécdota que me gustaría contrastar contigo. Resulta que en cierta ocasión vino un personaje a Peñafiel y tocasteis la *Marcha de Infantes*, también conocida popularmente como *Ya viene el pájaro*. Creó una situación un tanto polémica, porque la gente lo asoció como algo intencionado.

JMB. ¡Pues seguro, porque aquí critican sin saber! Vendría tal vez Girón de Velasco, quien fuera Ministro de Trabajo en la época de Franco, por lo que habría que tocar esa pieza. Si venían los entonces Príncipes, o si viene hoy el Rey, o los ministros, hay un protocolo, por lo que hay que tocar el *Himno Nacional*. Antes el himno constaba de dos partes, la primera fuerte y la segunda más suave, con su cambio de tono. Hace unos años se ha hecho un arreglo del himno, en el cual se toca la parte fuerte, que consta de dieciséis compases. En muchos sitios de carácter oficial, no saben aún que, si se trata de la figura del Príncipe, se toca el himno reducido, que son los cuatro compases iniciales y los cuatro compases finales. La versión completa se toca únicamente para Rey y la Reina. La versión completa ha de durar unos cincuenta y dos segundos y la reducida, la mitad, veintisiete; está oficialmente escrito en el BOE. Ahora las versiones son un poquitín más lentas. En la versión reducida, el *rallentando* ocurre en el último compás, de ahí el segundo de más. En el caso de

Ya viene el pájaro, es una pequeña pieza que se utiliza para presentar armas. Lo más seguro es que se tratase de la visita de un ministro. Todos esos artículos oficiales me los sabía de memoria, con el fin de ir a cualquier sitio y solventar un caso de estos. Esto lo ignoran muchos. Hoy uno no coge el boletín. Cuando se hizo el segundo arreglo, se vuelve de la parte suave a la parte fuerte. La normativa dice que se tocará una sola vez.

En cierta ocasión, nos llamaron para tocar en Aranda y, como nadie nos advirtió, no toqué el *Himno Nacional*, puesto que no era una cuestión de ley. No tenía ningún inconveniente, todo lo contrario. Y un señor muy “enseñorado” se acercó a decirnos que toda la vida se había tocado el himno. ¡Ya ves...! [*casi cuchicheando*]. Le dije: “*En lo sucesivo, si usted quiere el Himno Nacional, me parece muy bien, ¡pero dígamelo!*”. Es el tipo de cosas particulares que te tienen que decir en cada lugar, porque si no, yo sigo con marchas. Igual le sienta bien a unos, o le sienta bien a otros. O lo que no les sienta bien es que no lo toque...

Un director puede saber lo que hay. Y otro, ¡pues a lo mejor no tiene idea de lo que es una procesión y le da igual tocar un pasodoble que una marcha! Porque marchas hay muchas. Y si sólo tienes una preparada para esa procesión, ¡pues la repites catorce veces! Lo que no puedes es tocar en una procesión *El Gato Montés* [*tarareando con brío los metales*]. Es como para decir [*casi susurrando*]: “*Oye, no se te ocurra hacer esto, porque es hacer el ridículo, hombre*”. Cada cosa, lo que es. En una procesión, no puedes ir tocando un pasodoble, ni torero ni no torero.

Antes se volvía desde El Corro hasta la plaza tocando *El Chúndara*. En ocasiones, empleabas más de media hora. Se hacía pesado. Después la banda teníamos que ir al Corro para hacer la velada.

AA. ¡Después de toda la faena de fiestas! ¡Y cada uno de los cuatro días!

JMB. Así que cuando preguntaban, ¿dónde está la banda? La banda estaba borracha. Claro, ¡es que era todo el mediodía y toda la tarde! Y en fiestas, ¡ya no digamos! ¡Y además los toros de las once! No me quejo, porque era así. Y si me hubiera quejado, ¿qué hubiera hecho? ¿Coger las de Villadiego? Si no me hubiera gustado, habría tomado el siguiente concurso y escogido otra

plaza. Más adelante se suprimió todo aquello, en el momento en el que empezaron a venir orquestas por las noches.

AA. Recuerdo la inmensa agenda que tenías a diario. Bajábamos del colegio a la una, tanto los chicos de La Inmaculada o de La Villa. A la una había lección. Creo recordar que estábamos, a diario, el grupo de los que empezábamos, a un lado; los que ya estaban solfeando, en el centro y los que ya estaban con el instrumento, en la parte de detrás. Todos esos concurríamos desde la una a las dos de la tarde y daba lección todo el mundo.

JMB. Claro, no me podía limitar a un horario, como hace un oficial o un trabajador del Ayuntamiento, que tiene su horario estipulado.



Intervención de la Banda Municipal de Música en el programa nacional de televisión, Gente Joven (año 1985).

AA. Pero luego, todas las tardes, empezábamos a las cinco.

JMB. El horario le tenía que fijar yo con arreglo a los chicos. ¿Que salen del colegio? Pues a esa hora a dar clase. ¿Qué salen del instituto o de la universidad? ¿Las horas y días de los ensayos generales? Pues exactamente lo mismo. Yo tenía que ir con este planteamiento por libre, aunque fuese funcionario.

AA. Todo el mundo pasaba por el atril, desde el mayor hasta el chico. Solo quienes eran ya músicos veteranos, no necesitaban pasar por lo que se decía “dar lección”. Y no lo llevaras a medias, que nos mandabas de vuelta al puesto de un plumazo.

JMB. ¡Tenías que exigir! Muchas veces se me tildaba de exigente. Si dejabas vía libre, uno va, el

otro no va... ¡No, no! Aunque los chicos no fuesen profesionales, en los ensayos se les exigía. No podía ser que pasaras tocando por la plaza y vieras a uno que no había pasado por el ensayo en un bar bebiéndose un vino... Si te gusta la banda, a cumplir. Y si te gusta más el bar, pues...

AA. Desde que uno empezaba de pequeñito en la banda, desde el mismo primer ensayo, tú ya eras profesional. Permíteme contar una anécdota que la vas a corroborar y que a mí me impresionó mucho. Yo tenía once años en mi primer ensayo general, a las ocho y media de la tarde. Todo el mundo estaba haciendo ruido, calentando el instrumento. De repente, entró el maestro y todo el mundo se puso rápidamente en pie y en silencio. Fue maravilloso. Esa era la costumbre. Es una muestra de respeto que conlleva disciplina, desde el más veterano hasta el más novel.

JMB. Todos. Dejas un momento tocar, de estar a lo tuyo y te levantas. Hay ciertas costumbres que fueron válidas entonces, lo son ahora y lo serán siempre. Si vas a un concierto, en el momento que el director sale, todo el mundo se pone en pie, ¿verdad? Son buenas costumbres. Hoy la gestión de una banda ya no es lo mismo que entonces. Pero una banda que hoy se dice banda, sigue el mismo principio. Cuando me jubilé, noté que durante un tiempo varios de los antiguos chavales que estuvieron en la banda, no es que no te hablasen, pero les sentía un poco distantes. Después, una vez que me marché, son los primeros que, si me ven a una legua, te saludan como nunca. No me he llevado mal con nadie, ¡es porque exigías! Siempre tenías que dar facilidades, puesto que no se trataba de profesionales. Siempre se transigía en caso de fuerza mayor. Pero por un medio caprichín... ¡No, no! Tenemos un concierto y hay que cumplir. Puedo preparar un concierto con los que tengo, ¡lo que no puedo es prepararlo si a última hora alguien decide irse a jugar al fútbol!

AA. Se tendía a ver la música como una cuestión menor. Primero estaba lo del colegio, y la música era “otra cosa”. ¿Estás satisfecho con lo que has hecho en este pueblo?

JMB. Mucho. Me siento reconocido, no tengo ninguna pega de nada.



Imagen de la Banda Municipal a finales de los años 80.

AA. ¿Llegaste a tener dificultades por parte de políticos que no te hayan dejado trabajar a gusto?

JMB. Cuando uno entra contratado de lo que sea en el Ayuntamiento, parece que tienes que estar a todo que sí. Yo, en cambio, venía con todas las de la ley (y nunca mejor dicho). En lo disciplinar, yo sabía muy bien mis obligaciones en todos los sentidos, ya que estuve unos años en la Academia General Militar. Y no sólo por eso, ¡sino por todo! Antes de hacerte cargo, ya sabías cómo funcionaba todo sin venir a ciegas y cumpliendo con tus ensayos. Como el Ayuntamiento además era nuevo en este tema, pude asesorar en el funcionamiento.

AA. Estuviste siendo alcaldes Victoriano Lerma, Ángel Escribano de la Torre y tu cuñado, Santos Martín Marcos, entre otros.

JMB. Una vez destinado aquí, tuve algún problema puntual con Victoriano. Cuando yo llego, llevaba la banda Alejandro Perucha "Pichilín". Él estaba contratado y debía ser o bien familia, o bien muy amigo de Victoriano Lerma. Se trataba de bandas que nunca habían tenido un director titular de carrera, puesto que se hacían cuatro bailables. Es posible que el pueblo prefiriera que él hubiera seguido. Desde el Cuerpo Nacional de Directores, había una ley por la cual, todo aquel Ayuntamiento que dispusiese de bandas de música subvencionadas, debía tener un director perteneciente al Cuerpo Nacional. Cuando yo opté al puesto, estaba vacante. Pero claro, para hacerte cargo de ello, si al que tienes que echar y quien lo llevaba hasta el momento es muy amigo del alcalde, o tal vez familiar, ¡pues a lo mejor no nos llevamos bien y quiere hacerte la vida un poco

imposible! Dí queja y al que se cargaron fue al otro, no a mí. Los comienzos fueron muy bien. Alejandro tuvo con algún músico varios roces, al parecer por un asunto del racionamiento. Victoriano me previno sobre este asunto: *"Usted no se deje amedrentar, puesto que habrá alguna persona que intentará hacerle la vida imposible. Si tiene que quedarse sin banda, no se preocupe: ya la irá haciendo poco a poco."* Tuve buena armonía con el concejal delegado de la banda de música, quien firmó mi informe para la adquisición de nuevos instrumentos y, como es lógico, en todo momento respetaba mis ensayos. Siempre estaba luchando frente al Ayuntamiento para mejorar las condiciones de los músicos. Conmigo no era necesario, puesto que el sueldo ya me lo daba hecho el Ministerio.

Al principio, la compra de los instrumentos fue responsabilidad del Ayuntamiento. Como los instrumentos eran viejos y pasaban por cuarenta manos, después ya cada uno se iba comprando el suyo. Pero al principio, esos eran los instrumentos que había. Yo tenía un presupuesto determinado para el instrumental, para los uniformes... Tenía que estar todo el tiempo luchando: *"Oye, mira esto, que tal vez no cueste tanto. Vamos a aumentar esto otro un poco por los chicos y la banda."* Entonces no había tantas facilidades para comprarse un instrumento. Realmente, las familias no podían. Por otra parte, había instrumentos, fueran estos más viejos o menos viejos. Si un instrumento estaba roto, lo arreglaba yo o lo mandaba a Valencia para arreglarlo. Ese instrumento pasaba a otro para aprender. Con estos se iban defendiendo... ¡y a funcionar! Después cada uno se los iba comprando con arreglo a sus posibilidades.

AA. En sus principios, parece ser que durante El Chándara se incordiaba mucho a la banda y a las autoridades. Incluso se les arrojaba agua, si bien se les solía respetar por regla general.

JMB. Yo no lo sentía por mí. Si había que estar dos horas, pues dos horas, y tres también. Lo sentía por los demás y por los instrumentos, y porque no se marchasen dejando los instrumentos allí tirados. No tuve ningún problema, porque todo el mundo sabía que si a la banda le caía agua, ¡adiós música! Con la banda siempre ha habido un respeto. También yo lo comprendo. Son cuatro días de fiesta y la gente lo está esperando como

agua en mayo. Yo me acuerdo mucho de José María Díez, que llegado a fiestas, el hombre disfrutaba El Chándara y se exaltaba con su amigo, Santos... ¡pero a lo loco!

AA. Tienes una pieza manuscrita que es una maravilla, *Aires de Peñafiel* del año 1958. Está también escrita casualmente en la menor, la misma tonalidad que *Peñafiel de Castilla*, el pasodoble que escribí en tu homenaje en 2007. ¡Qué gran vida has hecho, José María!

JMB. Pues sí, porque he hecho lo que me ha gustado.

AA. ¿Cómo ves la banda en la actualidad?

JMB. Hombre, en mi época era yo solo y funcionaba a base de perseverar, aunque el chico que tuviera delante fuera un zoquete. Hoy, viniendo profesores de Valladolid, a veces me pregunto: con estos medios tendría que haber aquí no una banda, sino una orquesta sinfónica. Hay un profesor para cada cosa. Un profesor para saxofón, otro para clarinete... Yo no sabía tocar el clarinete, ¡pero sabía qué tenía que hacer el clarinete! Dominaba bastante la trompeta, y también un poco los demás instrumentos. El piano también lo dominaba, pues fue parte de mi carrera. Y ahora vienen cuatro o cinco profesores contratados de acuerdo a unas horas y adiós.

AA. Y sin exigir resultados.

JMB. Sí. Como está escrito, creo que lo que digo no es ningún secreto ni ninguna crítica.



Ángel Arranz [Peñafiel, 1976] trabaja desde 2008 como investigador asociado en el Instituto de Sonología de La Haya, compositor, sonólogo y musicólogo que vive y trabaja en España y Holanda. Fue alumno privado de armonía y fundamentos de composición de Alberto Posadas. Se licenció en Composición con excelentes calificaciones en el Conservatorio Superior de Música de Salamanca en 2006, primer puesto de promoción. Se traslada en 2006 a Holanda para completar estudios de master en sonología en el Koninklijk Conservatorium de La Haya, finalizándolos *with distinction*. Recibe clases de Paul Berg, Kees Tazelaar y Richard Barrett. Finaliza un doctorado en Musicología en la Universidad de Salamanca en torno a la música por ordenador y la tecnología actual aplicada a la composición.